

LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA EN MÉXICO

*Josefina Zoraida VAZQUEZ,
Universidad de México*

LA APARICIÓN DE AMÉRICA significó el golpe de gracia para el ya deteriorado sistema de interpretaciones medievales sobre el mundo y la vida. Pero el hombre, que necesita ineludiblemente una interpretación que fundamente y explique su propia existencia, no podía ver sin inmutarse el desmoronamiento de su tesis fundamental sin hacer esfuerzos por salvarla, o para sustituirla con una nueva teoría. Tarea complicada la de reorganizar una serie de verdades básicas sobre las cuales asentar la cultura, tarea que empezó en el siglo xvii con la profesión de fe en la razón hecha por Descartes y que cobraría una forma más terminada en el siglo xviii, con el movimiento denominado Iluminismo o Ilustración.

El hombre tuvo otra vez una fe poderosa. Creyó. El mundo y su existencia volvieron a cobrar valor, y armado con esa fe, pretendió realizar grandes cosas, sobre todo bajo el impulso mágico del postulado del *progreso humano*. Los filósofos ilustrados y el ambiente de optimismo, así como pequeñas circunstancias casuales, propiciaron el magno experimento de la Ilustración: la Revolución Francesa.

Estamos acostumbrados a ver en la Revolución Francesa el acontecimiento fundamental de los tiempos modernos; inclusive, el fin de una época y la inauguración de otra; pero ¿qué significaba este hecho desde la perspectiva ilustrada? ¿Había alcanzado la meta? Obvio es que no; al contrario, significó un verdadero fracaso, ya que después de un período tan largo de lucha volvió el antiguo orden, la monarquía. Y del enlace íntimo entre acontecimientos y pensamientos, y viceversa, resultaron curiosas consecuencias ideológicas. Vimos, por ejemplo, que la Revolución Francesa había nacido del clima de inquietud provocado por la ideología iluminista; pues bien, al

fracasar la revolución, al menos aparentemente, produjo un cambio de pensamiento denominado Romanticismo, especie de reacción a la Ilustración, aunque procedente de ésta. Por supuesto, que junto a esta teoría de reacción, la Ilustración tuvo otros desenlaces más directos, como el Liberalismo; pero nuestro interés se va a limitar al Romanticismo.

Del fracaso político se dedujo que en la Historia residía una sabiduría oculta, muy superior a toda perspicacia humana. Era indudable que, a pesar de los esfuerzos racionales del hombre para estimular el progreso, las fuerzas históricas, los antiguos poderes; es decir, la *irracionalidad*, se mostró más fuerte que las creaciones políticas construidas por la Ilustración.

Se inició entonces una nueva forma de interpretar la historia que le negaba al individuo el derecho a poner su atrevida mano sobre el curso de los acontecimientos, como lo habían hecho audazmente los iluministas; había, por el contrario, que acatar la situación creada por la Historia, mucho más sabia que el hombre. La historia dejó de ser lección para la acción, para convertirse simplemente en maestra que nos señalaba los límites hasta donde se podía llegar sin contravenir el orden de cosas dispuesto por Dios.

Por otra parte, al revés de la Ilustración, el Romanticismo recomendó la Historia Nacional como la única digna de estudio, y dentro de ésta, la búsqueda del *espíritu del pueblo*, el verdadero autor de los acontecimientos históricos. Se acrecentó también el empeño por precisar mejor, en las distintas épocas, el paisaje histórico y las diferencias entre las diversas nacionalidades. Los historiadores de la Edad Media no habían titubeado en representar los hechos del pasado dentro de los escenarios medievales. Recuérdense, por ejemplo, las deliciosas pinturas de los Primitivos Flamencos, donde, como fondo a un Nacimiento o una Crucifixión de Cristo aparecen castillos feudales. El humanismo, que intentó cambiar este estado de cosas, puso en su lugar algo también ajeno a la realidad histórica. "Abolió —dice Fueter— el ropaje medieval sólo para introducir las suntuosas vestiduras de la retórica romana. Expuso la historia de la Edad Media y la His-

toria Moderna como si hubieran tenido por teatro la escena artificial que suponen, por ejemplo, las tragedias de Séneca. . .”

“La Ilustración había roto por primera vez con este falso disfraz. Su jefe, Voltaire, por lo menos, había destruido en sus últimas obras, hasta los últimos restos del estilo de la antigua retórica.” Pero la Ilustración no había dado gran importancia al color de la época; su cosmopolitismo le hizo desentenderse de este punto. Tratando de localizar en la Historia ese valor íntegramente ignorado y dar vida a los resúmenes irrespetuosos de los ilustrados, el Romanticismo decidió que era imposible analizar fríamente la historia; ésta, por el contrario, debía arrebatarse, emocionar, por medio de largos relatos que resucitaran el pasado y le hicieran vivirlo al lector. La historia romántica venía, pues, a ser completamente diferente a toda la historiografía anterior. La narración que pintaba minuciosamente el paisaje histórico y acercaba al lector al suceso narrado, tenía también como personajes principales, no a los *héroes*, individuos humanos, sino a las fuerzas espirituales que operando misteriosamente determinaban los acontecimientos. Era el *genio del pueblo* que se expresaba en los conceptos personificados de la nacionalidad, la fe religiosa, el arte nacional, etcétera.

Inglaterra vino a ser campo predilecto de la elucubración romántica. Sin alcanzar las causas, el historiador se maravillaba del resultado magnífico del estado inglés que contrastaba vivamente con sus otros contemporáneos; y en lugar de analizar los antecedentes, el romanticismo se dio a soñar en la existencia de un espíritu popular anglosajón, autor de dicho estado de cosas. Así como los ilustrados relacionaron la historia política con la historia del comercio y la economía, los románticos prefirieron fundar los sucesos históricos en la fuerza mística denominada *genio del pueblo*. Sólo esta fuerza mística tenía poderes vitales, es decir, sólo ella podía crear, dar origen a constituciones, leyes, arte, literatura, derecho. El sueño de los ilustrados de reformar y oponerse por fuerza propia al estado de cosas creado por la Historia era un sueño condenado a la esterilidad, al fracaso, como la Revolución Francesa. Tal dogma, tan inexacto en tantos aspectos, obliga-

ba, sin embargo, al historiador a prestar atención al conjunto de la cultura, analizando, por vez primera, en forma armónica, todos los estilos culturales como procedentes de una misma raíz.

Vistas las principales características del Romanticismo, es fácil advertir cuán difícil resultaba conciliarlo con la Historiografía y no con la Literatura. Si de lo que se trataba era de narrar minuciosamente y vivamente el suceso, para acercar al lector a la acción, contagiarle entusiasmo y tal vez hacerle descubrir los encadenamientos profundos de la historia, es evidente que esta labor era más propia de un literato que de un historiador. Aunque hubo grandes historiadores románticos como Chateaubriand, Carlyle y Thierry, el Romanticismo que precisaba de *color local*, que ponía en primer plano la narración, hizo de la novela histórica una de sus más acusadas expresiones.

EL ESTADO MEXICANO, nacido en 1821 como resultado de los afanes contradictorios de Hidalgo e Iturbide, empezó con una vida tan incierta y difícil que por momentos parecía que iba a sucumbir. A pesar de todo, la raquílica república continuó su camino e incluso participó de los movimientos culturales occidentales. Si en algunas ocasiones es un tanto difícil deslindar el campo de cada una de las corrientes que se desarrollaron en esa época en Europa, en México es casi imposible. Liberalismo y Romanticismo, hijos de la Ilustración, se confunden tan frecuentemente, que bien podemos afirmar que, en su gran mayoría, nuestros historiadores-novelistas y nuestros novelistas-historiadores guardan la forma romántica con un fondo de pensamiento liberal. Tal estado de cosas resulta no sólo de la contemporaneidad con que se presentan en México, sino también de situaciones que dificultaron el florecimiento del Romanticismo en México. El Romanticismo, enamorado de las expresiones nacionales, volvió la mirada con amor hacia el pasado, en busca de las raíces del genio del pueblo. En Europa, se volcó hacia la Edad Media, matriz de las nacionalidades europeas. El romántico americano debía volverse hacia la época en que, mediante la fusión de los ele-

memos raciales y culturales constitutivos, se originaron los diferentes grupos nacionales existentes; pero esa época era nada menos que la Colonia, ¿cómo volverse con amor hacia ella, considerada como origen de todos los males? Por esto no alcanza verdadera forma el Romanticismo en México; se reduce, en la novela, al género costumbrista y en la historia, poco más o menos, a la obra de don Manuel Payno.

Nació en México en 1810. De las tareas burocráticas en el ramo hacendario, saltó, en 1842, a los puestos diplomáticos que le permitieron conocer la América del Sur. Y como en eso del viajar, todo es empezar, poco después se trasladó a Europa y, más tarde, a los Estados Unidos. Estaba allí cuando se inició la desastrosa guerra del 47. Vuelve entonces apresuradamente a su país para tomar parte en la lucha. Una vez terminada ésta, es nombrado ministro de Hacienda, puesto que desempeñaría con honradez y eficiencia. Perseguido por Santa Anna, se refugia en los Estados Unidos, de donde regresa al triunfo de la revolución de Ayutla. Forma parte del gabinete de Comonfort, y tras el golpe de estado en 1857, sufre persecuciones que no pararán hasta la caída del Imperio. Caído éste, vuelve a las andadas políticas como diputado, senador, etc., y en 1886 cónsul en España. De allá regresa para ser nuevamente senador poco antes de que le sorprendiera la muerte en 1894.

Don Manuel Payno, además de ser tan activo ciudadano en la época trascendental en que le tocó actuar, fue también periodista, novelista e historiador. Perteneció literariamente a la corriente romántica, y políticamente, al liberalismo moderado. Fueron sus actividades políticas las que lo iniciaron en la historia.

Entre sus numerosas obras históricas podemos mencionar las siguientes: *Bosquejo biográfico de los generales Iturbide y Terán*; *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia*; *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858*; *México y Barcelona*; *Reseña histórica de la invasión en México de las potencias aliadas, Inglaterra, España y Francia y los motivos que las causaron, desde los bonos de Jecker hasta el fusilamiento de éste en*

Paris; *Compendio de Historia de México, y Recopilación de Leyes, Decretos y demás disposiciones referentes a Desamortización eclesiástica, Nacionalización de los bienes de las Corporaciones y a la reforma de la legislación civil relacionada al culto y a la Iglesia*. Publicó, además, innumerables artículos en el *Boletín de Geografía y Estadística*; colaboró en la redacción de los *Apuntes para la Historia de la Guerra con los Estados Unidos* y preparó la publicación de diversos documentos históricos. Su obra más concienzuda y acabada es la *Recopilación* referente a la Reforma. No sólo nos entrega en ella una amplia documentación de antecedentes y desarrollo de la Reforma Social en España y México, sino también su interpretación de la Historia de México y su pensamiento político vivo. A pesar de sus grandes defectos, se trata de una de las más equilibradas defensas de la Reforma.

Es indudable, como dijimos antes, que su participación en la complicada política del país, en momentos tan confusos, lo lanza hacia la Historia. Como él dice: "es un deber de todo el que ha tenido participio en grandes acontecimientos el dar cuenta de cómo han pasado".¹ Pero además de cumplir con un deber de conciencia en ese sentido, el hacer historia es, para él, una justificación de sus actos, quizá equivocados, pero nunca dictados por la mala fe. Y apenas aplacado el torbellino de pasiones tan extremadas en que Altamirano había pedido ante el Congreso su cabeza, éste se decide a justificarse por escrito, según dice, a instancias de los amigos:

Al decidirme... a hacer esta publicación, no llevo por objeto procurarme un lugar en la política, sino contestar, con la narración verdadera de los hechos, a tantas especies como se han escrito en mi contra, atacándome, no sólo con la relación política, sino de cuantos modos pueden herir los sentimientos más delicados del hombre...²

Se trata de una justificación bastante amarga, porque sabe que, aun cuando no haya habido mala fe, el resultado ha sido funesto:

¿Qué disculpa puede ser bastante para la inexplicable inadver-

tencia y el funesto error de haber arrojado una chispa que voló a incendiar todo el combustible que habían reunido los partidos políticos? ³

Y preocupado en su honda conciencia sobre los cargos que debe hacerse a sí mismo, Payno se pregunta:

¿Un hombre colocado al acaso y transitoriamente en un destino público, tiene la misión de reformador o defensor o debe limitarse al simple cumplimiento de los deberes comunes? Para mí es una duda todavía, y cada uno resuelva esta cuestión según la fuerza y energía de su carácter y el grado de sus convicciones.⁴

Pero no sólo siente la necesidad apremiante de una justificación política por haber actuado al lado de Comonfort; debe también justificarse ante su conciencia religiosa. Recordemos que Payno es liberal, claro está que moderado, pero al fin y al cabo partidario decidido de la Reforma, y no obstante, católico sincero, que siente una apremiante necesidad de demostrar y demostrarse que se puede ser las dos cosas, que ambas verdades son compatibles. De aquí que la luz que ilumina fundamentalmente su visión de la Historia de México sea el problema CLERO-ESTADO. Por lo mismo también nunca se interesó en la historia antigua de México.

En el prólogo a la *Recopilación* nos da su filosofía de la Historia de México, historia que se inicia con los acontecimientos que dan lugar a la nueva nación y a su problema central, la conquista. Su idea de la Conquista es, por supuesto, providencialista, y en cierto grado, conciliatoria:

La parte de América que se llamó Nueva España fue invadida más ha de trescientos años, por un capitán aventurero, audaz, de claro talento y de resoluciones prontas y decisivas, que aventuraba su vida y su honra en cada empresa, y que todas las que acometió salió con entera felicidad, por un *designio incomprensible de la Providencia*. El capitán era una *extraña mezcla* de religión y de crueldad, de civilización y de barbarie, de generosidad y de orgullo, que nadie podía comprender y la historia no ha podido juzgar todavía, con severa pero justa imparcialidad, al hombre cuya gloria y los triunfos fabulosos han cubierto con un espeso velo sus defectos.⁵

Según vemos, para Payno el hecho Conquista es un hecho providencial, pero como buen romántico, para quien los hombres deben ser siempre buenos o malos, sin transiciones, se declara incapaz de comprenderlo y, en definitiva, se le escapa. Esa misma limitación de alcanzar a entender el polifacético espíritu humano, capaz de tantos matices y estados intermedios, dificulta su comprensión de los hechos históricos. Así, separa períodos que en el proceso histórico son aspectos de una unidad:

En pos de Cortés vinieron más y más conquistadores y más y más soldados, que, menos ilustrados que su capitán y menos inclinados a la clemencia y a la piedad, no solamente fueron haciéndose dueños de la tierra, sino también de las personas, reduciendo sucesivamente a la esclavitud y condenando a los indígenas a los más rudos trabajos. . . así fue aumentando la riqueza de los conquistadores, así fueron descubriéndose los ricos minerales de plata, y así también fueron fundándose las ciudades y extendiéndose hasta por las regiones más remotas la cultura de sus tierras, en una palabra, las gotas del sudor de la frente del pueblo conquistado y la sangre de su corazón sirvieron para formar los cimientos y la opulencia de la nueva y prodigiosa metrópoli.⁶

Formando un contraste con la sórdida avaricia de los soldados y con la fría crueldad de los capitanes, comenzó a llegar a estas remotas regiones otra milicia, cuyo uniforme era un tosco sayal y cuyas armas eran las cruces, que como Jesucristo, cargaban en sus hombros, enseñando a los pueblos con el ejemplo y con la pobreza los principios de una religión nueva y cuyas máximas reprobaban de una manera enérgica la conducta de los vencedores. Éste fue *el momento en que comenzó la lucha entre la autoridad civil y la autoridad espiritual de los prelados*. Los religiosos, con la doctrina del Evangelio, tomaron la defensa de los oprimidos. Los soldados, con la potestad de las prerrogativas reales, se empeñaron en seguir en su sistema bárbaro de dominación. . .⁷

Ya ha situado Payno el nacimiento del problema Clero-Estado, y pasa a explicar su desarrollo:

El influjo de la clase eclesiástica en la Nueva España fue perfectamente lógico, rigurosamente histórico como la unión estrecha que tuvieron en Europa en antiguos tiempos, las potestades eclesiásticas con las autoridades civiles y militares. Es necesario cerrar un momento los ojos, olvidar nuestras costumbres actuales, no to-

mar en cuenta los nuevos adelantos, de las ciencias y de la civilización y figurarnos que recorreremos la escala gradual de los siglos que pasaron, y que vivimos en aquella sociedad donde pasaban tantas y tan extrañas escenas, para juzgar no sólo con indulgencia sino con veneración aquellas costumbres cuyo fondo era el trabajo y la piedad, y que en el curso del tiempo modificaron de una manera sensible el yugo de la dominación y mejoraron la condición de las razas vencidas.⁸

Vemos a nuestro autor, como buen romántico, embelesado con aquellos acontecimientos contradictorios y sorprendentes, por medio de los cuales la historia iba dando lugar, con su sabia y misteriosa actividad, a otro pueblo. A pesar de su condenación de la conquista militar, se ve forzado a aceptarla, puesto que, al fin y al cabo, aquellos actos incomprensibles dieron un fruto: una cultura, una religión y la formación de un nuevo pueblo.

Siglos de caballería, de entusiasmo y poesía, fueron la guerra y las artes las que dominaron el espíritu de los hombres, así la pintura y la arquitectura nos dejaron maravillas que no hemos vuelto a ver reproducidas en nuestros días, y las costumbres guerreras, rudas e indomables, mostraron al mundo varones esforzados, cuyas hazañas, aventuras y peligros más bien parecían el parto de la acalorada imaginación de los autores de libros de caballerías, que la narración sencilla de la verdad. Basta recorrer las Antillas y las Américas españolas para convencerse de que nación alguna hizo en menos tiempo cosas tan grandes y maravillosas. Por todas partes fortificaciones inexpugnables, templos magníficos, ciudades de palacios, campos bien cultivados, acueductos y calzadas, que parecen obra de los buenos tiempos de Roma; en una palabra, un mundo lleno de riquezas, de maravillas y de encantos, construido en verdad en muchas partes, con el trabajo de las razas conquistadas, pero también por el esfuerzo poderoso del genio, de la constancia y del espíritu religioso de los conquistadores... Sea lo que fuere, en el futuro de las Américas españolas, *sus hijos nunca deben renegar de su origen, y antes bien, envanecerse de ser el producto de dos civilizaciones* y de dos razas extrañas, que brillaron por su valor y su poder, la una dominando en sus felices tiempos a la mayor parte de las naciones de Europa, la otra, conquistando con su valor y sujetando a su dominio a las naciones valientes y guerreras que vinieron desde ignoradas y remotas regiones a fijar residencia en las anchas y fértiles llanuras de la mesa central de la cordillera mexicana... En los tiempos que pasaron nuestros padres tuvieron

lo que podían tener, hicieron lo que podían hacer, nos dejaron la herencia toda de sus costumbres, de su civilización y de sus creencias, porque no podían dejarnos más, ni legarnos otra cosa. . .⁹

PAYNO LOGRA rescatar la parte más crítica de su pasado, la época colonial; la cultura, la religión, la nacionalidad, han logrado vencer sus escrúpulos de liberal del XIX, y le han obligado a ver con amor su pasado, ya que el fruto de todo es el pueblo mismo que, nacido en aquellos acontecimientos turbulentos, había crecido y cobrado poco a poco su propia personalidad, pero que constante y misteriosamente volvía a sumergirse en la lucha:

La época de la independencia se acercaba y llegó a principios del siglo XIX y esta época debería haber sido de ruina. El pueblo que se lanzaba proclamando una reforma en el orden civil que parecía imposible y entonces se calificó como un atentado contra la religión y contra Jesucristo, podía haber llegado de una vez andado por el camino donde con tantas penas ha llegado después, pero la providencia, por entonces, ordenó las cosas de otro modo.¹⁰

¿Y quiénes iban a realizar aquella revolución, que después de largo esfuerzo, tendría éxito? Para un romántico no hay sino una fuerza capaz de crear y reformar, el genio del pueblo, representado por alguna de sus expresiones, y así efectivamente lo cree también Payno:

Eran la libertad, la religión, la poesía, las tradiciones, todo ese conjunto poderoso, el que movió la imaginación de los pueblos de la Nueva España, y en pocos meses se reunió una masa de hombres que aterrorizó a los que creían eterna la dominación española. Ni las excomuniones, ni las amenazas, ni la muerte detuvo en su carrera al clero mexicano. . .¹¹

Los resortes curiosos de la Historia hacían al clero instrumento de sus designios, lo cual aumentaba el problema que, fraguado desde la conquista, al consumarse la independencia se encontraba más que nunca complicado, ya que "el prestigio del clero era tal vez mayor que a fines del siglo anterior".¹² Por lo demás, el cambio era tal, que aquella nueva sociedad aún tenía un largo camino por delante:

Después de la independencia, y sin contar con las continuas discordias civiles, la república había tenido guerra con Francia, la guerra con Texas, la guerra con Estados Unidos del Norte. Contribuciones, préstamos, recursos extraordinarios, todo se había consumido durante esos largos años de desgracia y de contratiempos.¹³

Pero a pesar de la trágica situación del país durante ese tiempo que siguió a la independencia, Payno cree que no pudo ser de otro modo la historia:

Las cosas han tenido que pasar como pasaron, no ha sido dado a la nueva generación ni dominar la fuerza de los sucesos pasados, ni variar el surco que las tradiciones y las antiguas costumbres han marcado en la sociedad.¹⁴

Todavía más, la única forma de organización que no había sufrido, el clero "independiente en medio de esa sociedad agitada y pobre, [que] no tomaba parte en la cosa pública, si no era para estar en atalaya e impedir que no volviesen a renacer las ideas del 1834, y para conservarse de la mejor manera en medio de terremotos sociales", tampoco se escaparía. Era imposible evitar que el vendabal de la historia no afectara el único edificio que todavía quedaba en pie y que la misma providencia quería derribar, o mejor dicho, purificar por medio de la nacionalización de los bienes temporales del clero, bienes que, según Payno, eran de la sociedad toda. Para nuestro autor es claro que

cuando el clero dice mis bienes, comete una falta contra la verdad y contra la historia; él no ha sido más que el administrador casual, porque los cristianos han creído que, cuando se trataba del culto y de la caridad, en ningunas manos mejores que en las de los ministros de Jesucristo podía depositar el tesoro de los pobres; pero nada, ni aún el usufructo, ha sido, ni es, propiedad del clero, ni mucho menos de ciertas órdenes religiosas que hicieron votos de pobreza y adquirieron votos contra las disposiciones terminantes del Concilio de Trento y de los soberanos... los bienes, pues, hablando en lo general, no se puede decir ni que son del clero, ni que son de la nación, ni mucho menos del gobierno. El gobierno en los sistemas modernos, no tiene ni puede tener más remuneración que el módico sueldo que se paga a las personas que lo forman... ¿De quién son los bienes? se preguntará entonces. Ya se

ha demostrado. Unos del erario público, otros propiedad de corporaciones legalmente establecidas, otros propiedad individual, y otros de los cristianos que en tal o cual país han contribuido para el culto, para la caridad y hasta para el lujo de las iglesias.¹⁵

Demostrada por Payno la legalidad de la nacionalización de los bienes del clero, podemos preguntarnos cómo enjuicia a los autores del hecho histórico. Si seguimos el hilo del pensamiento historiográfico romántico de Payno, podemos adivinar que, para él, el hecho forzosamente tiene que ser consecuencia de una voluntad suprema, ajena y superior a la de cualquier humano. Apenas menciona el nombre de quien firmó las medidas. ¿Para qué? ¿No es sólo un instrumento de la verdadera voluntad? La conclusión de Payno, al señalar el motor de la Reforma, es el colofón perfecto de su pensamiento:

La excelencia de la Iglesia católica consiste en su doctrina, cuerpo místico, lleno de verdad y de gracia de Jesucristo, *no puede estar manchado con ningún contacto humano; y el Señor, que vigila por su pureza y su conservación arma de tiempo en tiempo el brazo de los gobiernos para que arranquen la corteza terrestre de que se habían vestido con los años las corporaciones y quede solamente el espíritu puro y sublime del Evangelio.*¹⁶

Y así explica nuestro romántico historiador, el problema que amenazaba a su conciencia católica partidaria de la Reforma. Con maestría ha visto la historia de México desplegada toda bajo el signo del problema que tenía lugar en el momento en que a él le tocó vivir, que aunque lejano para nosotros, no nos impide darnos cuenta de su enorme trascendencia. Él lo vió claramente y abrigó temores de que otros ciudadanos no lo comprendieran. Para ayudar a entenderlo, publicó su *Recopilación*. Y sólo entendiéndolo, se podía llegar a un desenlace feliz que Payno ansiaba vivamente:

Ojalá y lo deseamos sinceramente y de todo corazón, que cuando termine la publicación de nuestro segundo tomo, o del tercero, si el material fuese muy abundante, el gobierno esté consolidado, la paz vivificando a toda la república, las familias tranquilas en su hogar doméstico, cualquiera que sean sus opiniones políticas, y a la

religión respetada, como debe ser y enteramente separada e independiente de la autoridad civil... Libertad, tolerancia y paz, es lo que necesita la república para que la Reforma pueda presentar una faz menos severa, adusta y sangrienta que la que ha mostrado hasta ahora a los vencidos...¹⁷

NOTAS

1 MANUEL PAYNO: *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858*, Impr. de I. Cumplido. México, 1860, p. 4.

2 *Ibid.*, p. 3.

3 *Ibid.*, p. 5.

4 *Ibid.*, p. 12.

5 PAYNO: *La Reforma Social en España y México*. Selección de Francisco González Cosío. Imprenta Universitaria. México, 1958, p. 20. (Se trata de una selección de la *Recopilación de Leyes, Decretos y demás disposiciones referentes a Desamortización Eclesiástica, Nacionalización de los bienes de las Corporaciones y a la reforma de la legislación civil relacionada al culto y a la Iglesia*, la hemos utilizado por ser de más fácil consulta.)

6 *Ibid.*, p. 20.

7 *Ibid.*, p. 21.

8 *Ibid.*, p. 23.

9 *Ibid.*, p. 24.

10 *Ibid.*, p. 41.

11 *Loc. cit.*

12 *Ibid.*, p. 42.

13 *Ibid.*, p. 47.

14 *Loc. cit.*

15 *Ibid.*, p. 38.

16 *Ibid.*, p. 39.

17 *Ibid.*, pp. 52 y 53.